

lentos de vicios, imitadores de su criminal padre¹, los cuales, introduciéndose hipócritamente entre los justos, no pretenden otra cosa que atormentarlos, afligirlos y perderlos eternamente. Pero ¡cuánta astucia tiene, y de qué medios tan solapados se vale para salir con su intento! Espera que se descuiden ó se duerman los encargados de vigilar el campo, y él, que está en acecho, siembra entonces la cizaña, y se va para no ser conocido. ¡Con cuánta razón quiere el Señor que vigilemos y oremos para no caer en la tentación², y para no admitir en nuestro espíritu la cizaña que viene á echar ocultamente el enemigo! Mas oye las palabras de Jesús: «El hombre enemigo ha sembrado la cizaña». De modo que también el hombre, enemigo de sí mismo, siembra la cizaña en su propio corazón. Nada alcanzaría el demonio con toda su astucia y poderío, si el hombre no condescendiese con sus sollicitaciones. Mira, pues, si eres trigo de Cristo, produciendo otros hijos para el Señor con tus ejemplos y consejos, ó cizaña de Satanás, pervirtiendo con tus escándalos á los que eran semilla divina. ¿Te has descuidado en la vigilancia que exigía tu cargo ó ministerio? ¡Ay de ti, si por tu descuido el demonio logra arrebatarte alguna alma que estaba á tu cargo! Mira bien lo que debes hacer para cumplir con exactitud todos tus deberes; no sólo los que tienes para contigo, sino los que te ligan con los prójimos; forma propósitos muy firmes y particulares, y ora con fervor para poderlos cumplir, y no olvides las demás obligaciones y necesidades.

116.—PARÁBOLA DE LA CIZAÑA.—SEGUNDA PARTE.

PRELUDIO 1.º Pidieron los operarios permiso al Padre de familias para arrancar la cizaña; mas no se lo quiso dar, diciendo que en el tiempo de la siega sería separada del trigo, y arrojada al fuego.

PRELUDIO 2.º Representate á Jesús proponiendo esta palabra.

PRELUDIO 3.º Pide á Dios que tu celo sea siempre discreto y un saludable temor de la última siega.

Punto 1.º *Celo indiscreto de los criados del Padre de familias.*—Indignados los criados del Padre de familias al ver tanta cizaña en su campo, dirigiéronle una pregunta, diciendo: «¿Quieres que vayamos y la arranquemos toda?» En esta pregunta puedes considerar el celo que tienen los justos al ver tantos males en el mundo; cuyo celo en algunos es indiscreto y demasiado, por una de cuatro causas: la primera, porque con su fervor querrían arrancar de un golpe toda la cizaña junta, y quitar del mundo, ó de la Iglesia, ó de la religión, todos los malos, y de sí mismos todos los vicios ó pasiones juntas; lo cual,

¹ Joan., viii, 44. — ² Matth., xxvi, 41. — ³ Matth., xiii, 28.

de ley ordinaria, no es posible. La segunda causa¹ de tal indiscreción, es porque quieren arrancar la cizaña antes de tiempo y sin sazón. De donde se sigue mayor daño, porque quien hoy es cizaña, quizá mañana se convertirá en trigo, y sufriendo con paciencia y larga esperanza al malo, viene con la blandura de la corrección á ser bueno; y quien se apresura con demasía por ganar la perfección, suele quebrantar su salud, y perder lo que ha ganado. La tercera causa es porque quieren arrancar la cizaña con peligro de arrancar también el trigo; y esto sucede cuando imprudentemente se corrige ó castiga á los malos con daño de los buenos, por los escándalos, turbaciones y guerras que de esto resultan; lo cual no es otra cosa que arrancar una cizaña y sembrar otra mayor. La cuarta es porque quieren arrancarla con espíritu de ira y venganza, llevados más de la indignación que de la compasión, como sucedió á los Apóstoles Santiago y Juan², cuando los samaritanos no quisieron recibirlos, y por esto fueron reprendidos de su divino Maestro. Considerando todo esto, mira si tu celo es indiscreto, por el modo, tiempo, ocasión ó fin que te propones, y pide al Señor que lo enderece. ¡Oh Maestro soberano! Comunicadme vuestro divino Espíritu, para que, guiado por Él, no me exceda jamás en el ejercicio del celo, y de tal modo persiga y odie al pecado, que conserve siempre amor al pecador, en cuanto es criatura vuestra, capaz de gozaros en el cielo. ¡Oh alma fiel! Examina tu celo si es según ciencia. ¿Guardas en él las circunstancias que quiere el Señor?

Punto 2.º *El Padre de familias no permitió arrancar la cizaña.*—Aquí has de considerar la respuesta que dió el Padre de familias á los criados, diciéndoles³: «No quiero que arranquéis ahora la cizaña, no suceda que juntamente arranquéis el trigo». En lo cual has de admirar la infinita caridad de Dios que en ella resplandece; porque con haber sido este soberano Señor tan riguroso con los ángeles del cielo⁴, que al mismo punto que sembró Lucifer la cizaña, arrancó al sembrador y á toda su semilla, y la echó en el fuego del infierno, con los hombres no quiere usar de este rigor, sino esperarles mucho tiempo, dándoles lugar de penitencia, con deseo, no tanto de arrancar la cizaña, cuanto de convertirla en buena semilla; porque la voluntad de nuestro Dios no es la perdición de las almas⁵, sino su salvación; y aunque desea destruir los pecados, no querría destruir los pecadores. Pero no menos resplandece la misericordia de Dios en querer sufrir la cizaña, por el amor que tiene al trigo, tolerando los malos por amor de los buenos, como se vió cuando dijo á Abraham que si hubiese diez justos en Sodoma y Gomorra, por éstos sufriría los pecadores que allí había, aunque esta-

¹ S. Thom. — ² Luc., ix, 53. — ³ Matth., xiii, 29. — ⁴ II Petr., ii, 4.

⁵ Genes., xviii, 24.

ban cargados de innumerables pecados; y cuando quiso castigarlos, primero sacó á Loth¹, poniendo á salvo el trigo, antes de arrancar la cizaña; lo cual es de grande consuelo para los buenos, pues pueden tener seguridad de que no les vendrá daño de parte del Señor por estar con los malos. Con todo, debes advertir que con esto no prohíbe absolutamente el Señor arrancar la cizaña, cuando se puede sin perjuicio del trigo, como lo hace la Iglesia castigando á algunos pecadores, para escarmiento de unos, para preservar del peligro á otros, y para que los buenos puedan tener una vida quieta. ¡Oh Salvador dulcísimo! Gracias os doy por la compasión que tenéis de los que son cizaña, y de la misericordia que usáis con los que son trigo. ¡Ojalá que, admirados los malos de vuestra bondad en sufrirlos, se arrepintiesen de sus pecados y se convirtiesen en trigo; y que los buenos perseveren con vuestra gracia, hasta ser trasplantados en los campos de la gloria! ¡Oh alma religiosa! Esta bondad y misericordia del Señor con todos, ¿no enciende en ti la confianza? ¿No aviva tu caridad?

Punto 3.º *Última sentencia del Padrè de familias contra la cizaña.*—Considera en este punto cómo, prosiguiendo el Padre de familias la respuesta, dijo que en el día de la siega general, ó fin del mundo, mandaría atar toda la cizaña en haces para arrojarla al fuego, y colocaría el trigo en sus graneros. En lo cual puedes ponderar primeramente cómo es cierto que hasta el fin del mundo habrá trigo y cizaña, buenos y malos mezclados entre sí. Porque la divina Providencia nunca dejará de sembrar buena semilla en su Iglesia y en las religiones, por más que el demonio procure sembrar cizaña; y así, no debes desmayar viendo muchos malos, creyendo que hay pocos buenos; porque tal vez hay muchos que tú no conoces y Dios los tiene, conocidos, y se precia de ellos. Pondera luego cómo el tiempo que hay antes de la siega, el trigo y la cizaña se van multiplicando y creciendo; porque, así los muy buenos como los muy malos, crecen en el tiempo de su vida, unos en santidad y otros en maldad, conforme á lo que se lee en el Apocalipsis²: «El que daña, dañe más; el manchado, máchese más; el justo, justifíquese más, y el santo, santifíquese más». Pero con la inmensa diferencia que, en cuanto al trigo, Cristo desea que crezca y se multiplique, y ayuda para ello; pero de la cizaña sólo es permisión dejarla crecer, y que vaya de mal en peor hasta la siega; la cual se hará al fin del mundo para todos, y se hace al fin de la vida de cada uno. Reflexiona, últimamente, la suerte fatal de los malos, representados por la cizaña, en aquel espantoso día de la siega. Serán cogidos por los segadores, que son los ángeles³, sin que puedan resistir, atados en haces, siendo privados de toda libertad, y unidos y

¹ Genes., xix, 15, 17. — ² Apoc., xxii, 11. — ³ Apoc., xiv, 15.

atados cruelmente con los que fueron compañeros de sus crímenes, para que mutuamente se despedacen y atormenten; y, por último, arrojados al fuego tenebroso del infierno. ¡Oh desventurada cizaña! Tú te complaces en sembrar discordias en el mundo entre los buenos; mas en el infierno padecerás discordia eterna con los mismos malos. ¡Oh Dios infinito! Libradme de ser cizaña, cometiendo tales culpas, porque no caiga en tan horribles penas. ¡Oh alma mía! Medita el último paradero de la cizaña, y teme el serlo. ¿Ves esas ataduras? ¿No te espanta tal compañía? ¿No te horroriza el lugar? ¿Qué debes hacer para librarte de todo esto?

Epílogo y coloquios. ¡Con cuánta razón nos advierte el Espíritu Santo¹ que no creamos á todo espíritu! No todos los pensamientos y deseos que parecen buenos proceden de Dios. Bueno parecía el celo de los criados que, admirados é indignados al ver tanta cizaña en el campo de su amo, querían arrancarla al instante. Con todo, era indiscreto, como lo prueba la negativa que de este recibieron. Quizá porque la querían arrancar antes de tiempo; tal vez porque lo querían hacer por espíritu de venganza, ó porque había peligro de arrancar con ella el buen trigo. ¡Cuántas veces los arrebatos que tú sientes, y piensas ser inspirados por el celo, serán reprobados en el acatamiento divino, y quizá castigado tú por causa de ellos! Admira la misericordia y justicia de Dios. La misericordia en consentir que vivan los malos, pudiéndoles quitar con tanta facilidad la vida, ya por esperar á que se conviertan, dándoles tiempo y ocasión para ello, ya para no incluir en el castigo de ellos á algunos justos, con los cuales aquéllos están unidos con algunos lazos. ¡Oh qué Padre tan amante es nuestro buen Dios, que para no contristar á su hijo dócil, contiene temporalmente su indignación, y no descarga el golpe contra el rebelde! Su justicia se echa de ver en la postrera sentencia que se ejecutará en la siega universal. Entonces la cizaña de los malos será separada del trigo. ¡Oh separación dolorosa! Será atada en haces. ¡Oh ligadura y unión espantosa! Y será echada en el infierno. ¡Oh horrible tormento! ¿No le temes tú? Si cuando eras cizaña con tus escándalos hubiese Dios enviado á sus segadores, ¿qué hubiera sido de ti? Medítalo bien, y piensa lo que debes resolver para no ponerte nuevamente en tan temible peligro. Pide con fervor la divina gracia para ti y para todo el mundo.

¹ 1 Joan., iv, 1.

117.—PARÁBOLA DEL GRANO DE MOSTAZA.

PRELUDIO 1.º El reino de los cielos es como el grano de mostaza, que, siendo la menor de las semillas, crece como grande árbol, y vienen las aves del cielo á descansar en sus ramas.

PRELUDIO 2.º Representate á Jesús proponiendo esta parábola.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de ser pequeño por la humildad y grande en las obras.

Punto 1.º *El grano de mostaza representa á Jesucristo, al alma justa y á las virtudes cristianas.*—Considera cómo en el grano de mostaza de la parábola ¹ se representa primeramente al mismo Jesucristo, Rey supremo de los cielos; porque así como el grano de mostaza en lo exterior es pequeñito, vil en la apariencia, sin color ni olor apacible, pero grande en la virtud encendida que tiene, la cual se descubre cuando es molido ó comido, así Jesucristo, en cuanto hombre, fué en lo exterior tan pequeño y despreciado, que dijo de sí por un profeta ²: «Gusano soy y no hombre, oprobio de los hombres y desecho del pueblo»; pero en lo interior y en cuanto á la divinidad, fué de una virtud infinita, la cual descubrió sobre todo al ser molido y atormentado en su Pasión. Mucho mejor puede decirse que es como un granito de mostaza en el divino Sacramento del altar, porque allí, bajo una apariencia pequeñísima y la más despreciada, esconde admirablemente la virtud de todo un Dios. Pondera cómo el grano de mostaza representa también á todos los justos, ciudadanos de la Iglesia y discípulos de Cristo, los cuales, á su imitación, son pequeños y menospreciados á los ojos de los hombres; pero en lo interior son de gran virtud y eficacia, por la grandeza de la caridad y fervor de espíritu, descubriéndolo más cuando son perseguidos y maltratados, como lo fué su Capitán. Finalmente: el grano de mostaza representa también las virtudes con que se gana el reino de los cielos, las cuales en la apariencia son pequeñas, pero en el valor y fruto son eficacísimas. La fe parece en lo exterior cosa poca y propia de gente ignorante y apocada; pero es de inmensa virtud para aquel que con la meditación muele y desmenuza los misterios sublimes que ella enseña; y así dice san Pablo ³ que Cristo crucificado es escándalo para los judíos y necedad para los gentiles, pero sabiduría y virtud de Dios para los fieles; y lo mismo puedes ponderar de la humildad, obediencia y demás virtudes cristianas. ¡Oh Dios omnipotente! Pues que para muestra de vuestro poder escogéis las cosas viles para confundir ⁴ á las altas, y tomáis las flacas para destruir las fuertes; concededme que de corazón ame y abrace las cosas pequeñas que Vos escogisteis, para que sea digno de alcanzar las grandes que en ellas encerrasteis. ¿Deseamos nosotros ser como

¹ Matth., xiii, 31. — ² Psalm. xxi, 7. — ³ I Cor., 1, 23. — ⁴ Ibid., 1, 27.

grano de mostaza? ¿Procuramos imitar la humildad y pequeñez de nuestro Salvador?

Punto 2.º *Crecimiento y grandeza del grano de mostaza y de las cosas que representa.*—En este punto has de considerar cómo el grano de mostaza, sembrado en la tierra, echa profundas raíces, y luego, naciendo vigoroso, crece con rapidez, y extiende tanto sus ramas, que se hace grande árbol. De este mismo modo Jesucristo, habiéndose humillado y hecho hombre por nosotros, quiso, como grano de mostaza, ser sembrado en la tierra y morir en ella ¹; porque la vida que vivió siempre fué acompañada de grandes mortificaciones; y después en un huerto padeció ansias mortales, y en un campo fué muerto con terribles tormentos, y en otro huerto sepultado y puesto debajo de tierra. De esta manera echó sus raíces hasta el limbo, de donde sacó las ánimas de los santos padres, y resucitó glorioso á nueva vida, y vino á crecer y subir á tanta honra y grandeza, que quien poco antes fué tenido por el mínimo de los hombres, llegó á ser adorado como cabeza y Señor Supremo de los hombres y ángeles ², hincando todos la rodilla á su nombre, y cumpliéndose lo dicho por Isaías ³: «Que el pimpollo del Señor crecerá con gran magnificencia, y su fruto será muy sublime», porque engendró innumerables hijos espirituales, semejantes á sí en la virtud y santidad. Lo mismo puedes ponderar en todos los verdaderos discípulos de Jesús, los cuales, á imitación de su divino Maestro, por el mismo camino vinieron á crecer y hacerse grandes árboles. Así pasó á los Apóstoles, que, trayendo siempre consigo la mortificación de Jesús ⁴, y siendo por El mortificados todo el día y tratados como ovejas del matadero, vinieron á ser príncipes de la Iglesia, y á dilatar la fe por todo el mundo; así pasó á los mártires y confesores y á todos los santos, y en general á los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús ⁵, los cuales han de ser como granos de mostaza, creciendo y prosperando por medio de la mortificación. Pondera también el crecimiento admirable de las virtudes, que son como granos de mostaza; la fe crece hasta la vista de Dios; la esperanza hasta la posesión de Dios, y la caridad hasta la unión con Dios; y así de las demás. ¡Oh dulcísimo Jesús! Gózome de la grandeza que tenéis en premio de la bajeza que por mí tomasteis. Concededme que, como los santos, vuestros discípulos, os imite en la humillación, y me haga digno de participar de vuestra exaltación. ¿Qué crecimientos hacemos nosotros en la virtud? ¿Rehusamos andar por el camino de las humillaciones que Jesús siempre siguió?

Punto 3.º *Las aves del cielo vienen á morar en las ramas del árbol de la mostaza.*—Considera cómo el grano de mos-

¹ Joan., xii, 24. — ² Philip., ii, 10. — ³ Isai., iv, 2.
⁴ I Cor., iv, 10; Rom., viii, 36. — ⁵ II Tim., iii, 12.

taza dilata y extiende tanto sus ramas, que las aves del cielo, como dicen los Evangelistas ¹, moran debajo de su sombra, y hacen allí sus nidos y descansan en ellos. En esto se representa también á Cristo nuestro Señor, que echó de sí muchos ramos; conviene á saber: la doctrina del Evangelio que predicó; la ley de la perfección con todos los consejos que promulgó; los Sacramentos y sacrificios que instituyó; los ejemplos maravillosos que nos dió; los milagros y obras insignes que hizo, con los demás misterios de su vida gloriosa, hasta su subida á la alteza que tiene en los cielos. Y á estos ramos acuden las aves del cielo, no las águilas y aves muy grandes, que son figura de los soberbios, sino las aves pequeñas, que son las almas justas y humildes, especialmente las que dejan las cosas de la tierra, deseando con la contemplación conversar en el cielo, á cuya imitación te has de asentar con reposo á la sombra de estos ramos, considerando la dulzura de sus frutos, y gozándote de la protección y amparo que te viene por ellos, diciendo con la Esposa ²: «Sentéme á la sombra del que deseaba, y su fruto es muy dulce para mi garganta». También has de hacer nido y morada en estos ramos, meditando estos misterios; unas veces lo has de hacer en el misterio del pesebre; otras has de volar al árbol de la cruz, y otras al cielo empíreo, poniendo en Cristo toda tu confianza y amor. Allí has de cantar cantares de alabanza y agradecimiento, y allí has de descansar en las noches de las tribulaciones, y sustentarte con el grano y fruto delicado que hallares. ¡Oh quién me diese alas de ave para volar á este divino Árbol! ¡Oh Árbol altísimo y soberanísimo! Por más alto que subáis, puedo yo volar y subir á Vos con las alas de la contemplación que Vos me diereis. Levantadme, Señor, sobre mí mismo y sobre todo lo criado, para que descansa en Vos, mi Criador, por todos los siglos. ¡Oh alma! ¿No gustas tú de reposar como ave en los ramos de este árbol de vida? ¿No quieres meditar los misterios de la vida, Pasión y resurrección del Señor?

Epílogo y coloquios. ¡Con qué sencillez y claridad nos revela Jesucristo las propiedades del reino de los cielos! Es semejante á un grano de mostaza, la menor de todas las semillas, pero que, después de sembrada, va creciendo con tal lozanía y vigor, que viene á hacerse el mayor de los arbustos, tanto que las aves del cielo vienen á posarse en sus ramas, y á fabricar en ellas su nido, regalándose en su sombra. Este grano de mostaza representa á Jesús mismo, pequeño y vil en la apariencia exterior; pero rico de virtud y eficacia en lo interior de su alma y divinidad. Él, por nuestro amor, bajó á la tierra, y, muerto entre horribles torturas, pisado y estrujado como uva en el lagar, fué enterrado; y echando hasta el seno de Abraham sus raíces, se levanta

¹ Marc., iv, 32; Luc., xiii, 19; Matth., xiii, 32. — ² Cant., ii, 3.

tó lozano, hermoso y glorioso, llegando su altura hasta lo más alto de los cielos; y en sus ramos, que son las obras excelentes que ejecutó y los diversos misterios de su vida, hallan reposo, consuelo, alegría y defensa las almas puras y sencillas, como avecitas del cielo. Este grano de mostaza son también los justos que han imitado á Jesús en la sencillez, humildad y abnegación, los cuales son tanto más exaltados, cuanto mayores fueron las humillaciones que toleraron; y ahora sus vidas son también objeto de contemplación y motivo de consuelo para los que siguen sus pisadas. Es también grano de mostaza la virtud cristiana, el estado religioso, y sobre todo el divino sacramento de la Eucaristía. ¡Oh qué fuente de dulces contemplaciones y suaves afectos hay en todo esto! Pues si nosotros somos avecillas del cielo, ¿por qué no nos regalamos en la consideración quieta y sosegada de tales cosas? ¿Será acaso porque, en vez de avecitas humildes, somos como aves grandes y soberbias, y consideramos estas meditaciones como cosa inútil y de ningún provecho? En este caso, temblemos, porque el Señor no se revela á los orgullosos; propongamos la enmienda, y pidamos la gracia que necesitamos.

118.—PARÁBOLA DEL MERCADER QUE BUSCABA PERLAS.

PRELUDIO 1.º Lo que pasa en el reino de los cielos es lo que hace un mercader que busca perlas, y hallando una preciosa, vende cuanto tiene y la compra.

PRELUDIO 2.º Representate á Jesús proponiendo esta parábola.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de ser buen mercader, desprendiéndote, si es necesario, de todas las cosas para alcanzar á Dios y su gracia.

Punto 1.º *Quién es el mercader y qué son estas perlas.*— Considera cómo todos los hombres que viven en el mundo son mercaderes que buscan perlas, porque todos buscan lo que es bueno y precioso, aunque en diferente manera. Unos buscan perlas de bienes temporales, riquezas, dignidades y las cosas que el mundo tiene por preciosas; otros buscan perlas de ciencias y artes humanas, por sólo saber, ó por sus honras é intereses; otros buscan perlas de virtudes morales y políticas, para vivir como hombres de razón en su república ó comunidad. Mas el verdadero cristiano no se ha de ocupar en buscar cosas tan bajas y apocadas, sino que, acordándose de la nobleza de su linaje y de la generosidad de su Padre, ha de poner su corazón en cosas más altas, buscando las perlas de las verdades y virtudes celestiales y divinas, las cuales son á boca llena buenas y preciosas, y hacen al que las posee bueno y precioso á los ojos de Dios. De aquí es, que, si tú quieres ser buen mercader y tratante, no has de gastar el tiempo buscando riquezas, las cuales, según el Señor, en vez de perlas que adornan, son espigas que punzan; ni has de poner todo tu conato en buscar las ciencias

humanas, que hinchán y envanecen, y son cebo de la vanidad; ni tampoco las virtudes políticas, que sólo son aparentes, ni merecen aplauso más que de los hombres, porque sólo brillan en lo exterior. Tu empleo ha de ser buscar las perlas de las virtudes sobrenaturales, como son la gracia, caridad, paciencia, obediencia y otras semejantes, con las cuales serás bueno y santo, y merecerás entrar en el cielo. Pero, sobre todo, has de buscar á Jesucristo, verdadero Dios y hombre, perla oriental preciosísima, que, como rocío, bajó del cielo, y en las entrañas de la Virgen se hizo hombre para honra y adorno de los hombres; Él es la perla por excelencia buena, de quien procede toda bondad, la cual has de procurarte, para poseerla y tenerla siempre contigo y enriquecerte con los tesoros de sus gracias y virtudes, siendo uno de aquellos que dijo David: «Esta es la generación de los que buscan al Señor, de los que buscan al Dios de Jacob». ¡Oh Salvador del mundo, negociador de perlas, en cuanto bajasteis del mundo á buscar las almas, y perla preciosísima, á quien todos los negociadores hemos de buscar para enriquecernos! Pues vinisteis á la tierra para manifestarnos las perlas buenas y preciosas de las verdades y virtudes celestiales, descubridmelas para que las busque, pretendiendo por ellas, no mi gusto, sino agradaos y poseeros eternamente. ¿Somos nosotros también mercaderes de perlas? ¿Cuáles son estas perlas por las cuales nos afanamos y sacrificamos?

Punto 2.º *Modo cómo se han de buscar las buenas perlas.*

— Considera aquí de qué modo has de buscar estas buenas perlas, pues que el Señor quiere que las busques y te ocupes en esto. Lo primero, se buscan con la oración, pidiendo al Señor que nos las descubra, no cesando de importunarle para ello; pues Él dijo: «Pedid y recibiréis; buscad y hallaréis; llamad y abriros han». Lo segundo, debes buscarlas con meditación del entendimiento prevenido y ayudado de la divina ilustración, cavando y ahondando en las verdades y misterios de la fe, y en las excelencias de las virtudes, hasta hallar la inteligencia y estima de ellas. Lo tercero, has de buscarlas con deseos y afectos de la voluntad, prevenida de la divina inspiración, suspirando por estas perlas, y aplicando tu libre albedrío á que quiera buscarlas por los demás medios que Dios ha dejado para hallarlas, cuales son: obras de penitencia, lección de buenos libros, frecuencia de Sacramentos, especialmente el de la Eucaristía, que es como la concha dentro de la cual está la preciosísima perla de Cristo nuestro Señor, para comunicarte las demás perlas de las virtudes. Esto es ser negociadores, y hacer, como dice san Pablo, nuestro negocio. Y si los negociantes de la tierra son codiciosos y solícitos en buscar sus perlas terrenas, y se ponen

¹ I Cor., viii, 1. — ² Psalm. xxiii, 6. — ³ Matth., vii, 7. — ⁴ I Thes., iv, 11.

á tantos peligros por haberlas, ¿cuánta más razón es que tú seas solícito por estas perlas del cielo, pidiéndolas con oraciones, buscándolas con meditaciones y deseos, obedeciendo á lo que Dios manda para hallarlas? ¡Oh Salvador mío! Hacedme negociador diligente y codicioso, para que busque la perla de la divina Sabiduría con la diligencia que los hombres buscan el tesoro y allegan el dinero, pues prometéis que la hallaré si de esta manera la buscare. ¿De qué medios nos valemos para buscar las perlas divinas que el Señor nos ofrecé? ¿Cómo practicamos tales medios?

Punto 3.º *Qué hace el mercader hallando una perla.*—

Hallada una perla preciosa, el mercader vendió cuanto tenía y la compró. Acerca de lo cual has de considerar cómo esta perla preciosa hallada por el mercader se llama una, porque Jesucristo es uno, Dios y hombre verdadero; y aunque las virtudes, que también se llaman y son riquísimas perlas, son muchas, todas, sin embargo, están unidas y trabadas, como si fuesen una, con la caridad, que es vínculo y atadura de perfección; y ella es la que une al hombre con Dios y con Cristo, y con todos los prójimos, y los hace entre sí unos, como si tuviesen un ánima y un corazón; así como entre las conchas del mar, donde están las perlas, hay una como capitana á quien siguen las demás, y cogida ésta, es fácil coger las otras, así la caridad es la capitana de las virtudes, y quien la alcanza, con ella las halla todas; porque, como dice el Apóstol: «La caridad todo lo cree, espera y sufre, y en todas las cosas obedece». Pondera luego cómo hallar esta perla es descubrirla con la luz de la fe, y ver su excelencia y hermosura, y gozar su dulzura y suavidad, la cual es tan grande, que arrebatara el corazón del que la halla; el cual luego vende y da de mano con todas las cosas que le estorban el poseerla con entereza, y echa de sí todos los amores y aficiones terrenas contrarias á ella, por comprarla y conservarla dentro de sí, y aun todo lo que da le parece poco, según aquello de los Cantares: «Si diere el hombre toda su hacienda por la caridad, estimarla ha como nada». Todo lo cual debe moverte á entrar dentro de ti mismo, y con gran detenimiento examinar, no sólo si buscas perlas y si son verdaderas las que buscas, sino también si estás resuelto á dar por ellas el precio que valen, que es la renunciación de todas las cosas que posees, á lo menos con el afecto, mirando si hay en tu corazón algo de amor propio y de aficiones terrenas, y proponiendo varonilmente mortificarlo y arrancarlo del alma; porque la disminución de la codicia es aumento de la caridad. ¿Estoy dispuesto para perderlo todo á fin de ganar á Dios y á su divina bondad? ¿Conservo alguna afición des-

¹ Prov., ii, 4. — ² Colos., iii, 14. — ³ Act., iv, 32. — ⁴ I Cor., xiii, 7.

⁵ Cant., viii, 7.

ordenada á las cosas terrenas? ¡Oh caridad preciosísima! ¡Oh unión de amor excelentísima! ¡Oh Dios amabilísimo, que os llamaís caridad y sois perla de infinito valor, uno en esencia, aunque trino en personas, y tan amigo de unidad, que á todos los que se juntan y unen á Vos los hacéis un espíritu con Vos! Descubridme esta perla una y preciosa, y aficionadme á ella y dádme la en posesión. Yo os ofrezco por ella cuanto tengo, y si más tuviera, más os diera, porque todo es nada para lo que ella vale.

Epílogo y coloquios. ¡Oh locura é ignorancia del hombre! Toda la vida pasa negociando á manera de un mercader, y llegará la muerte cuando mayor necesidad tendrá de sus trabajos, y se hallará con las manos vacías. Semejante al avariento, diránle en aquel momento terrible: «Necio, las cosas que allegaste, ¿de quién serán?» La causa de tal desengaño es porque no busca verdaderas perlas, sino perlas falsas ó aparentes. Busca con inquietud las riquezas ó placeres, la ciencia mundana ó la honra, las virtudes políticas ó puramente exteriores, cuyas cosas ni le hacen bueno, ni verdaderamente rico, ni pueden servirle de ayuda en la muerte. ¡Oh si buscara las verdaderas perlas, la virtud y santidad, la mortificación propia, y, sobre todo, la amistad y posesión de Jesucristo! Estas son las verdaderas, ricas y preciosas perlas, que tú debes buscar con oración continua y fervorosa, con meditación detenida y profunda, y con afectos tiernos y deseos ardientes. Y luego de halladas y descubiertas por medio de la luz de la fe, has de conservarlas con tal cuidado y estimarlas en tanto grado, que, como el mercader del Evangelio, has de estar dispuesto á dejarlo todo, abandonarlo todo, antes que perderlas de nuevo. ¿Qué valen todas las cosas de la tierra en comparación de ellas? Entremos dentro de nosotros mismos, y estudiándonos detenidamente, miremos qué perlas hemos buscado; en qué hemos puesto hasta ahora nuestro corazón, y cuáles son nuestras aspiraciones. Y si ya buscamos buenas perlas, tratemos de buscarlas con asiduidad, fervor y anhelo grande; y al efecto, propongamos, roguemos, importunemos al Señor hasta que nos oiga.

119.—PARÁBOLA DE LA OVEJA PERDIDA.

PRELUDIO 1.º Un pastor que tiene cien ovejas y pierde una, deja las noventa y nueve, y va en busca de la que se perdió, y luego de hallada, cárgala sobre sus hombros con alegría, y la vuelve al rebaño.

PRELUDIO 2.º Representate á Jesús proponiendo esta parábola.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de ser buena oveja de Cristo.

Punto 1.º *Quién es el Pastor, quién la oveja, y por qué se pierde.*—Considera cómo este piadoso Pastor, que busca la oveja

¹ Luc., xii, 20. — ² Luc., xv, 4.

ja perdida, representa á Jesucristo, que bajó del cielo para ser pastor de los hombres; el cual, con admirable providencia y vigilancia, rige sus ovejas, y las conoce muy bien; las señala con la señal de su gracia y caridad; va delante de ellas con el ejemplo; dales buenos pastos de doctrina y Sacramentos; defiéndelas del lobo infernal; y, en fin, es tan bueno y tal el amor que las tiene, que Él mismo se hace pasto, y las apacienta con su cuerpo y sangre. Las ovejas fieles son los justos, que Él tiene muy bien contados, y sabe quiénes son. Estas ovejas conocen á su Pastor por la fe y la contemplación; oyen su voz obedeciendo á sus mandatos; siguen sus pasos imitando sus virtudes; reciben agradecidos sus pastos saludables; y con gran generosidad dan á su Pastor la lana de su hacienda, la leche de sus ternos afectos del corazón, y las crías de sus buenas obras, y, si es menester, le darán su misma carne y vida, perdiéndola por su amor. Mas ¡ay!; cuando alguna de estas ovejas comienza á desconocer á su pastor y los bienes que en Él tiene, y se desvia del pasto de doctrina y Sacramentos, gustando mucho de los pastos del mundo y de la carne, poco á poco se va apartando de las ovejas dóciles, y se va alejando de las miradas del Pastor, hasta que, por fin, llega á abandonarle del todo, poniéndose en gran peligro de eterna condenación. Mas es tal la caridad del Pastor, que, dejando las noventa y nueve en lugar seguro, corre en busca de ésta que se ha perdido. Por esta causa bajó del cielo á la tierra á llamar y buscar los pecadores, y en este ejercicio pasó los tres últimos años de su vida, padeciendo excesivos trabajos y persecuciones, hasta sufrir la muerte con terribles tormentos. ¡Oh Pastor soberano! ¡Cuán caras os cuestan estas ovejas, con no tener necesidad alguna de ellas! Cuando ellas se perdieran, ¿qué es lo que Vos perdíais? ¿Acaso habéis de vestirlos con su lana? ¿ó sustentarlos con su leche? ¿ó enriqueceros con sus crías? Y si ovejas queréis, ¿no tenéis otras mejores en el cielo, las cuales acuden fielmente á vuestro servicio? ¡Bendita sea vuestra caridad, Dios mío, que es la causa de todo esto! ¡Oh alma mía! Sé dócil oveja de Cristo, oye su amorosa voz, participa de sus deliciosos pastos. ¿Qué te conviene resolver para esto?

Punto 2.º *Caridad del Pastor al hallar la oveja perdida.*—Considera cómo, aunque el buen Pastor busca la oveja perdida, no siempre la halla; por lo cual dice por san Mateo: «Si aconteciere que la hallare». Y si no la encuentra, no es por falta de diligencia de su parte, sino porque ellas huyen de Él, y resisten á sus inspiraciones y llamamientos, como se perdió Judas, aunque su Maestro hizo mucho por reducirle. ¡Oh locura criminal de tales ovejas, que no se dejan hallar de tal Pastor! Pondera luego su inmensa caridad al hallar la oveja extraviada y per-

¹ Joan., x, 11. — ² Matth., xviii, 13.